

RUBÉN DARÍO FANTÁSTICO: LA ATRACCIÓN POR EL MUNDO DEL MISTERIO (UN EJEMPLO Y SUS DEUDAS)

Antonio Cruz Casado

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Rubén Darío.
Literatura fantástica.
La dama del collar de terciopelo.
Relatos con el mismo tema.

ABSTRACT

KEYWORDS

Ruben Darío.
Fantastic literature.
The lady of the velvet necklace.
Stories with the same theme.

Con motivo del primer centenario de la muerte de Rubén Darío (1867-1916), analizamos una faceta algo olvidada de su obra: el toque fantástico en algunas de sus narraciones. Nos ocupamos especialmente de un relato, "Cuento de Pascuas", en el que recurre a un tema misterioso, el de la dama del collar de terciopelo, que habían empleado otros autores, como Washington Irving o Antonio de Hoyos y Vinent.

On the occasion of the first centenary of the death of Rubén Darío (1867-1916), we analyze a somewhat forgotten facet of his work: the fantastic touch in some of his narrations. We are particularly concerned with a story, "Cuento de Pascuas"; in which it resorts to a mysterious subject, that of the lady of the velvet necklace, which had been used by other authors, such as Washington Irving or Antonio de Hoyos y Vinent.

Se suele afirmar que la literatura española es esencialmente realista. Como todas las ideas generales que, examinadas detenidamente, son poco correctas, conviene también matizar esta creencia, puesto que, al lado de una corriente bien conocida y estudiada, en el que predomina el hecho literario como reflejo de una realidad existente, se encuentra una tendencia que cuestiona esa realidad, la degrada o la altera, de tal forma que desaparece el supuesto retrato realista y se da paso a lo fantástico. Este elemento, que empieza a ser estudiado en los últimos años¹, puede decirse que está presente en

¹ Entre las aportaciones que intentaban paliar este desconocimiento, hace ya bastantes años, hay que citar algunas antologías, como la de José Luis Guarnier, *Antología de la literatura fantástica española*, Barcelona, Bruguera, 1969; la de Joan Estruch, *Literatura fantástica y de terror española del siglo XVII*, Barcelona, Fontamara, 1982, o la de Carlos José Costas, *Antología de terror español clásico*, Barcelona, Forum, 1984, vols. 61-62 de la "Biblioteca del Terror". Cfr. También Antonio Cruz Casado, "Notas sobre el elemento fantástico en la literatura española", *Inbaco*, Córdoba, núm. 4, 1983, pp. 143-148. Más recientes son nuestros estudios: "Narrativa fantástica y de terror en el primer tercio del siglo XX", en Ángela

todos los períodos de nuestra literatura y ha sido cultivado por la mayoría de los narradores españoles, aunque este aspecto no se haya querido poner de relieve por oscuras razones o simplemente por desconocimiento. Baste señalar que incluso Cervantes, cuyo realismo se señala como paradigmático, incluye en su última obra, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), casos de licantropía, brujería y magia² en un contexto idealizado y misterioso, o que en Lope de Vega se encuentran diversos relatos de fantasmas y apariciones sobrenaturales.

Con la llegada del Romanticismo a España la corriente se acentúa, al mismo tiempo que nuestro país se toma como escenario adecuado para la localización de episodios y narraciones de terror, como ocurre en *El monje* (1796)³, de Matthew G. Lewis, o en *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804-1805)⁴, de Jan Potocki, por no mencionar más que dos muestras fundamentales del género.

En el fin del siglo XIX, la narración fantástica se sigue nutriendo de los temas que predominaron en la época romántica, aunque ahora con un sentido nuevo de sensualidad y refinamiento al que no son ajenos los escritores decadentes y simbolistas franceses. Como es sabido, la formación literaria de Rubén Darío, y por extensión la de la mayoría de los escritores modernistas, es deudora en buena parte de este ambiente finisecular en el que destacan los últimos epígonos del Simbolismo, conocidos por el autor mediante juveniles lecturas desde la lejana América o por medio de una frecuentación más directa en etapas posteriores de su residencia en París. Fruto de esta recepción de movimientos europeos poco conocidos o menospreciados por la España de entonces son muchos de sus libros poéticos, al igual que su colección de semblanzas biográficas titulada significativamente *Los raros* y diversos cuentos.

Ena Bordonada, ed., *La otra Edad de Plata. Temas, géneros y creadores (1898-1936)*, Madrid, Editorial Complutense, 2013, pp. 65-81; "Eduardo Zamacois y El otro (1910). La literatura fantástica y de terror en la Edad de Plata", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 161, enero-diciembre, 2012 (2013), pp. 265-282 y "Misterios del pensamiento, de la vida y de la muerte en Antonio de Hoyos y Vinent", en *Los márgenes de la modernidad. Temas y creadores raros y olvidados en la Edad de Plata*, ed. Dolores Romero López, Sevilla, Punto Rojo Libros, 2014, pp. 243-253. Entre las nuevas aportaciones son interesantes: David Roas y Patricia García, eds., *Visiones de lo fantástico (Aproximaciones teóricas)*, Benalmádena, E.D.A libros, 2013; David Roas y Ana Casas, eds., *Visiones de lo fantástico en la cultura española (1900-1970)*, Benalmádena, E.D.A libros, 2013; David Roas y Teresa López Pellisa, eds., *Visiones de lo fantástico en la cultura española (1970-2012)*, Benalmádena, E.D.A libros, 2014; Mercedes Aguirre Castro, Cristina Delgado Linacero y Ana González Rivas, eds., *Fantasmas, aparecidos y muertos sin descanso*, Madrid, Abada Editores, 2014 (estas actas se refieren poco a la cultura española), etc.

² Entre otros estudios, cfr., Antonio Cruz Casado, "Auristela hechizada: Un caso de *maleficia* en el *Persiles*", *Cervantes, Bulletin of the Cervantes Society of America*, XII, 2, 1992, pp. 91-104. También publicado en *Sobre Cervantes*, ed. Diego Martínez Torrón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, pp. 125-135 (ISBN: 84-88333-81-1).

³ Hemos visto una curiosa adaptación española, antigua, de esta novela: *El fraile o Historia del padre Ambrosio y de la bella Antonia*, traducido libremente al español, Madrid, 1822 (al final, "En la imprenta de J. Smith").

⁴ Un buen estudio sobre esta novela, con insistencia en el ambiente español de la misma, es el de Antonio Domínguez Leiva, "La España de la novela negra francesa: el *Manuscritrouwé a Saragosse*", en Merce Boixareu y Robin Lefere, coord., *La Historia de España en la Literatura Francesa. Una fascinación...*, Madrid, Castalia, 2002, pp. 431-444; del mismo autor, *El laberinto imaginario de JanPotocki. Manuscrito encontrado en Zaragoza (Estudio crítico)*, Madrid, Uned, 2000.

Sin embargo, no es sólo Darío el cultivador del relato fantástico en este período de finales y principios de siglo, sino que se advierte cierta revitalización del género en múltiples autores, como Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Eduardo Zamacois o Antonio de Hoyos y Vinent. Tanto *Las fuerzas extrañas*, de Lugones, como algunos de los *Cuentos misteriosos*, de Nervo, *El otro*, *El misterio de un hombre pequeño*, varios relatos de *La risa, la carne y la muerte*, de Zamacois, al igual que diversas narraciones de *Las ciudades malditas*, *Vidas arbitrarias* o *Los cascabeles de Madama Locura*, de Hoyos, pueden considerarse ejemplos de la tendencia fantástica, en los que, junto a situaciones ya tratadas en autores anteriores, aparecen otras distintas que proceden del interés que el hombre de la época tiene acerca de determinados fenómenos paracientíficos, como la hipnosis, que se pone de moda en esos años, o la extensión de doctrinas espiritualistas y esotéricas, como el espiritismo⁵. No obstante el atractivo que muchas de estas obras ofrecen para el lector actual, la crítica académica ha solido menospreciar estas aportaciones hispánicas a la corriente fantástica⁶ o simplemente las ha relegado al olvido, sin que hayan recibido, en nuestra opinión, el tratamiento o estudio que valore su originalidad.

No puede decirse que Darío sea uno de los cultivadores más olvidados de esta tendencia, puesto que contamos desde hace tiempo con una selección de sus cuentos preparada por José Olivio Jiménez y titulada *Cuentos fantásticos*⁷, volumen que significó para buena parte del público lector hispánico el descubrimiento de una faceta casi desconocida del poeta modernista. También la crítica se ha ocupado algo de este aspecto de una manera genérica⁸ y, a veces, sin concederle mucha importancia.

Nuestra intención no es la de remediar esta omisión, sino la de llamar la atención sobre la atracción que sintió Rubén por el mundo del misterio y ejemplificarlo en el tratamiento rubeniano de un tema fantástico, imbricado con otros más, en un relato tardío, “Cuento de Pascuas”, publicado en el *Mundial Magazine* de 1911, revista que dirigía Darío en París.

⁵ Acerca de este aspecto contamos ya con fundamentales estudios del recordado profesor Giovanni Allegra, “Ermete Modernista. Occultisti e teosofisti in Spagna, tra fine ottocento e primo novecento”, *Annali dell’Istituto Universitario Orientale*, XXI, 2, Napoli, 1979, pp. 357-415; “El esoterismo en la literatura simbolista”, *Arbor*, núm. 397, enero 1979, pp. 15-31; *Il regno interiore. Premese e sembianze del modernismo in Spagna*, Milano, Jaca Books, 1982, del que se hizo traducción española: *El reino interior. Premisas y semblanzas del modernismo en España*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1985, especialmente el capítulo titulado “Trasfondo ocultista”, pp. 140-154; “Sull’influsso dell’occultismo in Spagna (1893-1912). Gli esitineospiritualistici”, *Vie dell’tradizione*, 1981. Sobre el mismo tema vid., el número monográfico de la revista *Álbum: Magia y ocultismo fin de siglo*. *Sophia*, enero, 1988.

⁶ Por ejemplo, Rafael Llopis, *Historia natural de los cuentos de miedo*, Madrid, Júcar 1974, p. 340, escribe: “Los cuentos terroríficos de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Santiago Davobe y de Horacio Quiroga —independientemente de su mejor o peor calidad— no aportan nada nuevo a la literatura fantástica tradicional ya existente. Se limitan a sumarse a ella. En tales relatos aún subsisten ecos góticos de la vieja Europa y olor a esoterismos parisinos”.

⁷ Rubén Darío, *Cuentos fantásticos*, ed José Olivio Jiménez, Madrid, Alianza, 1976.

⁸ Enrique Anderson Imbert, *La originalidad de Rubén Darío*, Buenos Aires, Centro Editor de la América Latina, 1967. Nota 5.

Rubén escribe la mayoría de sus cuentos entre 1888 y 1894, coincidiendo con el periodo de apogeo del movimiento modernista⁹, aunque muchos de ellos no puedan considerarse relatos en toda la extensión de la palabra, sino más bien bocetos narrativos cercanos al poema en prosa o poemas en prosa propiamente, en tanto que otros, con un contenido narrativo más marcado, bordean el campo de lo fantástico o se incluyen por méritos propios dentro de esta tendencia, aunque para ello sea preciso definir lo fantástico de una manera muy amplia, a la manera de Roger Caillois¹⁰, como la expresión literaria de un suceso en el que se produce una violación o ruptura de las leyes de la naturaleza que tradicionalmente se tienen por inamovibles.

De esta forma podremos considerar fantásticos cuentos muy diversos, aun cuando siempre quede en ellos el recurso de la explicación racional o el poco artístico de la visión o el sueño, frecuentemente empleado, sin embargo, por Darío. Con ello el escritor no hace más que seguir una tendencia bastante cultivada por algunos escritores finiseculares, hasta tal punto que un personaje de Jean Lorrain, escritor francés representativo de la época, en cuyos *Cuentos de un bebedor de éter* o en *Monsieur Phocas* el detalle fantástico y macabro aparece regularmente, exclama, dirigiéndose a Allitof, habitual narrador de los cuentos: “-Y, como siempre, habías soñado”¹¹, al terminar su relación, lo que parece indicativo de que el atribuir un relato a efectos del sueño o a la droga no era infrecuente.

En la formación literaria de Rubén Darío se advierte cierto gusto temprano por la narración de misterio, ya como lector precoz de alguna novela gótica de probable origen inglés o como interesado en las narraciones maravillosas del folklore o de la tradición popular. En este sentido, él mismo confiesa, en su *Autobiografía*, que entre sus primeras lecturas se encontraba “una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, *La caverna de Strozzi*”¹², y que gustaba de los relatos populares de almas en pena y aparecidos:

⁹ Raimundo Lida, “Los cuentos de Rubén Darío”, *Letras hispánicas. Estudios. Esquemas*, México, FCE, 1981, pp. 200-201.

¹⁰ Roger Caillois, *Antología del cuento fantástico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 8. Otros estudios consultados sobre el tema: Roger Caillois, *Imágenes, imágenes*, Barcelona, Edhasa, 1970; Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, Paris, Editions du Seuil, 1970, versión española, *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972; Louis Vax, *Arte y literatura fantásticas*, Buenos Aires, Eudeba, 1973; Id., *Las obras maestras de la literatura fantástica*, Madrid, Taurus, 1980; Harry Belevan, *Teoría de lo fantástico*, Barcelona, Anagrama, 1976; Ana González Salvador, *Continuidad de lo fantástico. Por una teoría de la literatura insólita*, Barcelona, J.R.S. editor, 1980, etc.

¹¹ Jean Lorrain, *Cuentos de un bebedor de éter*, Madrid, Alfaguara Nostromo, 1978, p. 61.

¹² Rubén Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Barcelona, Maucci, s.a. [c. 1922], p. 17. Se trata de la novela, cuya traducción española no hemos visto, de J. J. Regnault-Warin, *La caverna de Strozzi*, (?), J. Smith, 1826; datos de googlebooks, (de este olvidado autor francés (1771-1844) hemos consultado del mismo novelista la traducción española de *El cementerio de la Magdalena*, Valencia, José Ferrer de Olga, 1829, tomo I, así como la traducción italiana de la novela que nos interesa: Giacomo Regnault de Warin, *La caverna degli Strozzi*, Milano, Candido Buccinelli, 1817, junto con otra edición italiana anterior, con el mismo título, pero impresa diez años antes en Firenze, Presso Giovacchino Pagani, 1807); esta (para nosotros) huidiza novela, en su versión española, puede tener relación temática y formal con otras narraciones de la misma época, como la obra de Ann Ward Radcliffe, *Julia o los subterráneos del castillo de Mazzini*, trad. española, Valencia, Cabrerizo, 1819, o la anónima *La caverna de la muerte*, Paris, Smith, 1826 (nótese que ésta puede ser la misma edición de *La caverna de Strozzi* que hemos anotado antes, con una leve variación en el título), con otra edición en Madrid,

La casa era para mí temerosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros. Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años, y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña... Se me mostraba, no lejos de mi casa, la ventana por donde, a la Juana Catina, una mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios. Una noche, la mujer gritó desusadamente; los vecinos se asomaron atemorizados, y alcanzaron a ver a la Juana Catina, por el aire, llevada por los diablos, que hacían un gran ruido, y dejaban un hedor a azufre.

Oía contar la aparición del difunto obispo García, al obispo Viteri. Se trataba de un documento perdido en un ya antiguo proceso de la curia. Una noche, el obispo Viteri hizo despertar a sus pajes, se dirigió a la catedral, hizo abrir la sala del capítulo, se encerró en ella, dejó fuera a sus familiares, pero éstos vieron, por el ojo de la llave, que su ilustrísima estaba en conversación con su finado antecesor. Cuando salió, “mandó tocar vacante”; todos creían en la ciudad, que hubiese fallecido. La sorpresa que hubo al otro día fue que el documento perdido se había encontrado. Y así se me nutría el espíritu, con otras cuantas tradiciones y consejas y sucedidos semejantes. De allí mi horror a las tinieblas nocturnas, y el tormento de ciertas pesadillas inenarrables¹³.

Tanto las lecturas como los cuentos orales excitaban la imaginación del joven escritor que, en su obra mencionada, recuerda una de esas pesadillas, cuyo contenido es inequívocamente terrorífico:

Estaba yo, en el sueño, leyendo cerca de una mesa, en la salita de la casa, alumbrada por una lámpara de petróleo. En la puerta de la calle, no lejos de mí, estaba la gente de la tertulia habitual. A mi derecha había una puerta que daba al dormitorio; la puerta estaba abierta y vi en el fondo oscuro que daba al interior, que comenzaba a formarse un espectro; y con temor miré hacia este cuadrado de obscuridad y no vi nada; pero, como volviese a sentirme inquieto, miré de nuevo y vi que se destacaba en el fondo negro una figura blanquecina, como la de un cuerpo humano envuelto en lienzos; me llené de terror, porque vi aquella figura que, aunque no andaba, iba avanzando hacia donde yo me encontraba. Las visitas continuaban en su conversación y, a pesar de que pedí socorro, no me oyeron. Volví a gritar y siguieron indiferentes. Indefenso, al sentir la

Bueno, 1830. Apud José F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela española en el siglo XIX. Seguida de un esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, Madrid, Castalia, 1972, pp. 230-231 y 262. Algunas referencias a esta obra de Regnault-Warin en María José Alonso Seoane, “Traducciones de relatos de ficción en la Gaceta y el Diario de Madrid, 1823-1830”, en *Neoclásicos y románticos ante la traducción*, ed. Francisco Lafarga, Concepción Palacios y Alfonso Saura, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2002, p. 23 y n. 6.

¹³ Rubén Darío, *La vida de Rubén Darío*, op. cit., pp. 10-11.

aproximación de la “cosa”, quise huir y no pude, y aquella sepulcral materialización siguió acercándose a mí, paralizándome y dándome una impresión de horror inexpresable. Aquello no tenía cara y era, sin embargo, un cuerpo humano. Aquello no tenía brazos y yo sentía que me iba a estrechar. Aquello no tenía pies y ya estaba cerca de mí. Lo más espantoso fue que sentí inmediatamente el tremendo olor de la cadaverina, cuando me tocó algo como un brazo, que causaba en mí algo semejante a una conmoción eléctrica. De súbito, para defenderme, mordí “aquello” y sentí exactamente como si hubiera clavado mis dientes en un cirio de cera oleosa. Desperté, con sudores de angustia¹⁴.

El contacto con la cultura francesa¹⁵ y, especialmente, con la obra de autores como Villiers de l'Isle Adam, la turbadora Rachilde, Joris Karl Huysman o el Conde de Lautreamont impregna algunas de sus páginas, al mismo tiempo que le incita a incluir rasgos fantásticos y macabros en sus cuentos. Así, en el cuento que nos ocupa, el titulado “Cuento de Pascuas”, el ambiente de fascinación por la guillotina y las cabezas cortadas recuerda el de diversos cuentos crueles de Villiers¹⁶, como “El convidado de las últimas fiestas” o “El secreto del cadalso”, o de Jean Lorrain, que incluye en su colección citada una narración¹⁷ acerca de la cabeza decapitada de una estatua que cobra vida para recuperar la parte perdida.

En cuanto a los rasgos formales se refiere, “Cuento de Pascuas” ofrece una disposición frecuente en el Modernismo¹⁸, en la que aparece un narrador y un interlocutor en un ambiente de fiesta y refinamiento.

El narrador se siente atraído por una dama que lleva “al cuello, por todo adorno, un estrecho galón rojo”¹⁹, mientras conversa con un joven alemán, M. Wolfhart, que le hace ver el enorme parecido existente entre la desconocida mujer y la reina María Antonieta; luego, su amigo le hace saber que la dama es austriaca. Abandonan la reunión y, una vez en la habitación del hotel, Wolfhart le enseña un raro libro de magia y astrología, el *Prodigiorum ac ostentorum chronicon*,

¹⁴ Ibid., pp. 37-38.

¹⁵ Cfr., el estudio clásico de Erwin K. Mapes, *L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío*, Paris, Edouard Champion, 1925, reimp. Geneve, Slatkine, 1977, aunque no se ocupa de la prosa. También Poe Carden, “Parnasianism, Symbolism, Decadentism and Spanish-American Modernism”, *Hispania*, XLIII, 1960; Jorge Olivares, “La recepción del decadentismo en Hispanoamérica”, *Hispanic Review*, 48, 1980, pp. 57-76, etc.

¹⁶ Villiers de l'Isle Adam, *Oeuvres complètes*, ed. Alain Raitt et Pierre Georges Castex, Paris, Gallimard, 1986, Bibliothèque de la Pleiade, 2 vols. Los editores escriben: “Le convive des dernières fêtes” inaugure, dans l'oeuvre de Villiers, un véritable cycle de la guillotine”, vol I, p. 1285, al que pertenecen, además del relato citado, “Le secret de l'échafaud”, “Les Phantasmes de M. Redoux”, “Ce Mahoin!” et “L'Étonnant Couple Moutonnet”.

¹⁷ Jean Lorrain, *Cuentos de un bebedor de éter*, op. cit., pp. 39-49. El cuento se titula “Reclamación póstuma” y está dedicado a Oscar Wilde.

¹⁸ Cfr. Antonio Muñoz, “Notas sobre los rasgos formales del cuento modernista”, *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Madrid, Castalia, 1973, pp. 50-63.

¹⁹ Rubén Darío, “Cuento de Pascua”, *Cuentos y crónicas*, Madrid, Mundo Latino, 1918, p. 23. Citamos por esta edición que es el volumen XIV de las *Obras completas* de Darío. El cuento se incluye también en la edición de José Olivio Jiménez, *Cuentos fantásticos*, op. cit., pp. 71-80, con alguna leve variante, por ejemplo, “Pascuas” en lugar de “Pascua”; el editor lo toma, al parecer, del *Mundial Magazine*.

impreso en Basilea, por Aldo Manucio, en 1557, obra de Conrad Lycostenes, sobre el texto original de Julius Obsequens; aquel resulta ser un antepasado del joven alemán. Luego toman cierta droga y el narrador abandona el hotel encontrando en la calle a la misteriosa dama de la fiesta. La sigue y entonces tiene lugar una especie de transfiguración: ahora es una mujer pobremente vestida que, conducida a la guillotina, resulta decapitada. La visión desaparece y el narrador abandona el jardín de las Tullerías, tropieza con una cabeza cortada y al momento todo se puebla, como en el libro que le enseñó su amigo, de cabezas decapitadas, la de Medusa, la de Holofernes, la de Juan el Bautista, las de los nobles y reyes guillotinado durante la Revolución Francesa y muchas más. La cabeza de San Dionisio grita que Cristo ha de resucitar, a cuyo grito se unen todas las demás. En este momento, el doctor despierta al narrador, diciéndole que “nunca es bueno dormir inmediatamente después de comer”²⁰.

En este relato se pueden destacar varios temas fantásticos: una variante del juego con el tiempo, en el que queda prendido el lector, que sólo al final se da cuenta de que el narrador no ha vivido lo que cuenta, sino que lo ha soñado a partir de un momento indeterminado del relato. La pesadilla pudo estar provocada por el uso de las drogas, aunque no existe ruptura en la narración, ni está delimitado el momento en que el protagonista comienza a soñar. Se trata de un recurso frecuente en el género fantástico que tiene un antecedente magistral y muy conocido en la historia del mago de Toledo don Illán, en don Juan Manuel. El empleo del sueño, que suele rechazarse entre los cultivadores y teóricos del relato fantástico, es objeto de defensa por parte de Darío. En su estudio sobre Poe y los sueños, Rubén manifiesta que “lo fantástico no es precisamente lo onírico, pero esto lo contiene”²¹, con lo que parece indicar que también en los sueños, en las pesadillas, aparecen elementos fantásticos. Y este cuento resulta una buena muestra de ello.

También está presente el tema del libro extraño²², que recuerda otros textos similares en la narración de terror, como el famoso *Necronomicón*, de Howard Phillips Lovecraft. Además, el tema que vertebra, en nuestra opinión, todo el relato es el de la dama del collar de terciopelo, dama que aquí resulta ser la propia reina María Antonieta, con lo que se añade al tema conocido una nueva característica, la resurrección o la intemporalidad del personaje histórico, puesto que la acción se localiza en la época del narrador, es decir, a principios del

²⁰ Ibid., p. 38.

²¹ Rubén Darío, “Edgar Poe y los sueños”, *Cuentos fantásticos*, op. cit., p. 104.

²² El libro que menciona Darío ofrece detalles que no son inventados; tenemos noticia de una obra de Conradus Lycosthenes, *Apothegmatum ex optimis utriusque linguae scriptoribus*, Parisii, Guilielmum Julianum, 1560, y de otra de Julio Obsequens, *C. Plinii Caecilii Secundi Epistolarum libri decem. Panegyricus Traiano Caesaridictus. De viris illis tribus Suetonii Tranquilli. Liber de claris grammaticis et rethoribus. Iuli Obsequentis prodigiorum liber*, Lugduni, Sebastian Gryphium, 1551; puede tratarse de este último, puesto que el título señala expresamente *Libro de los prodigios de Julio Obsequens*. Hemos visto una edición independiente del mismo: *Julii Obsequentis De prodigiis liber, cum annotationibus Joannis Schefferi [...] accedunt Conr. Lycosthenis, Amstelaedami, Henricum et Theodorum Boom*, 1679, aunque el libro que cita Darío puede ser el siguiente: *Conradum Lycosthenem, Prodigiorum ac ostentorum chronicon*, Basileae, Henricum Petri, s.a., con numerosas ilustraciones; en la p. 534 aparece un grabado con cabezas cortadas y espadas al que se refiere Darío en su cuento.

siglo XX, en tanto que las versiones anteriores del tema transcurren en los días tumultuosos de la Revolución Francesa.

No es ésta, sin embargo, la primera vez que Darío se acerca al personaje de María Antonieta. Ya lo había evocado en una composición titulada precisamente “La Revolución Francesa”, de 1889, especialmente en las estrofas tituladas “El cuello blanco”:

“La dulce y real paloma subió a la guillotina:
es cabellera cana la que opulenta fue;
el cuello de azucena, feroz verdugo inclina
delante el pueblo todo, que el sacrificio ve.
¡Oh María Antonieta! ¡Cuán otra tu divina
figura en los graciosos compases del minué,
cuando eras una diosa de mano alabastrina,
de labios encendidos y de ligero pie!”²³

Además, según señala Raimundo Lida, “la fatídica imagen de María Antonieta [estaba ya] en ‘Un cuento para Jeannette’ ” (1877)²⁴, aunque adquiere especial intensidad en la narración que analizamos.

El origen del tema puede considerarse una variante del que Roger Caillois define como “la mujer-fantasma, seductora y mortal, que viene del más allá”²⁵, aquí localizado en una fecha histórica precisa.

Se encuentra magistralmente tratado en un relato de Washington Irving, que forma parte de las *Aventuras de un viajero*; se amplía en sentido folletinesco en una novela incluida en la recopilación titulada *Los mil y un fantasma*, de Alejandro Dumas, además de aparecer en un cuento de Petrus Borel, el Licántropo, bajo el título de *Gottfried Wolfgang*, que suele considerarse como plagio de la narración de Irving²⁶. En esta trayectoria se encuentra “Cuento de Pascuas” que, a su vez, pudo servir a Antonio de Hoyos y Vinent para marcar el ambiente de su narración “Una noche bajo El Terror”, que encabeza su colección *Los cascabeles de Madama Locura*.

Washington Irving plantea una situación marco muy usual en su obra mencionada: un grupo de personas, en este caso cazadores, se ven obligados a permanecer recluidos durante cierto tiempo, con ocasión del mal tiempo reinante, y ocupan su ocio narrando historias de fantasmas. Una de ellas, quizás la mejor del grupo, es “La aventura del estudiante alemán”. En ella se cuenta cómo el estudiante alemán Gottfried Wolfgang en una noche tormentosa, en la época de la Revolución Francesa, encuentra a una mujer acurrucada al pie de la guillotina: la desconocida coincide con una figura femenina que el joven había visto en sueños. La lleva a su casa, la cuida y surge el amor entre ambos, a pesar del carácter elusivo y misterioso de la dama, que tiene por único adorno un collar de terciopelo: “Lo único que en ella podía considerarse como ador-

²³ Rubén Darío, *Poesías completas*, ed. Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1954, p. 1028.

²⁴ Raimundo Lida, “Los cuentos de Rubén Darío”, op. cit., p. 200.

²⁵ Roger Caillois, *Antología del cuento fantástico*, op. cit., p. 16.

²⁶ Cfr. Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Caracas, Monte Ávila, 1969, p. 149.

no —escribe— era un ancha cinta negra que le rodeaba el cuello, sujeta con un broche de diamantes”²⁷. Se juran amor y a la mañana siguiente el estudiante encuentra muerta a la joven. Avisada la policía, se descubre que la mujer había sido guillotinata la víspera. El oficial de policía “adelantóse, soltó la cinta negra que rodeaba el cuello del cadáver, y la cabeza cayó rodando al suelo”²⁸. El joven estudiante enloquece.

La intensidad del relato se ve potenciada por la brevedad del mismo, algo que tiende a desaparecer en la novela de Alejandro Dumas, *La mujer del collar de terciopelo negro*, que amplía a la manera del folletín la historia conocida. El novelista evoca los últimos días de su amigo Charles Nodier, muy aficionado al relato fantástico²⁹, y cómo éste le contó un argumento que no había tenido tiempo de desarrollar y que Dumas aprovecha. El protagonista, también estudiante alemán, es nada menos que Ernst Theodor Hoffmann y el ambiente de la obra refleja bien el de los cuentos de este escritor, con esa mezcla característica de fantasía y realidad, sin que se sepa bien dónde acaba una y dónde empieza la otra, además de expresar un marcado gusto por la música, la ópera y el juego. Hoffmann en el París revolucionario se enamora de la bailarina Arsenia, que es al mismo tiempo la amante de Danton y que va adornada con un collar de terciopelo negro en el que brilla una diminuta guillotina de diamantes. El desenlace repite la situación mencionada:

Y el médico alargó el brazo, empuñó el pequeño resorte de diamantes que servía de broche al collar de terciopelo, y tiró del terciopelo.

Hoffmann soltó un grito terrible. En cuanto dejó de sostenerla el único lazo que la mantenía a los hombros, la cabeza de la ajusticiada rodó del lecho al suelo y no se detuvo hasta llegar a los pies de Hoffmann, como no se había detenido el tizón hasta llegar a los pies de Arsenia³⁰.

El escritor alemán queda en un estado de enajenación mental cercano a la locura.

El componente esencial de esta trama se encuentra en Darío, como hemos señalado. También aparece la dama misteriosa adornada con el collar que oculta el tajo de la guillotina, negro en Irving y Dumas, rojo en Darío, y surge la atracción entre los jóvenes, descubriéndose finalmente que la mujer había sido guillotinata poco tiempo antes en los antecedentes literarios señalados, en tanto que en nuestro escritor se traslada la acción a una época actual, con lo que quizás se pretende potenciar el efecto fantástico, que finalmente se diluye o se explica

²⁷ Washington Irving, “La aventura del estudiante alemán”, *Aventuras de un viajero*, Madrid, Mundo Latino, s.a., p. 49. La narración se incluye también en la *Antología* de Caillois.

²⁸ *Ibid.*, p. 52.

²⁹ De esta opinión es buena muestra, aparte de sus numerosos relatos de corte fantástico y sus opiniones teóricas sobre la cuestión, la recopilación de temas titulada *Infernaliana. Historias de aparecidos, espectros, demonios y vampiros*, Buenos Aires, Brújula, 1968. Se trata de historias muy breves, algunas de origen conocido, como la primera, que es un fragmento de *El monje*, de Mathew G. Lewis, que podrían dar lugar a una ampliación, convirtiéndose así en un cuento o en una novela; sin embargo, no se incluye en esta traducción española la historia del estudiante alemán.

³⁰ Alejandro Dumas, *La mujer del collar de terciopelo*, Madrid, Nostromo, 1975, p. 209.

como resultado de una pesadilla provocada por las drogas, todo ello en la línea del cuento fantástico finisecular. También desaparece la relación necrofílica de las obras anteriores.

Por su parte, Hoyos y Vinent expone un tema afín en el cuento “Una noche bajo El Terror”. Aquí se trata de la posible supervivencia de la princesa de Lamballe, gran amiga de María Antonieta, a la que también menciona Darío en su relato, que parece haber sobrevivido por medios sobrenaturales hasta nuestros días. El protagonista, guiado por la dama, ahora vieja y repulsiva, tiene ocasión de contemplar la cabeza decapitada de la reina en el fondo de la cubeta de Mesmer:

Sin poderlo remediar me aproximé, y mis cabellos se erizaron, mientras se helaban mis espaldas y mis piernas temblaban. ¡Allí, en el fondo de la redoma, se veía la truncada cabeza de Marie Antoinette!³¹.

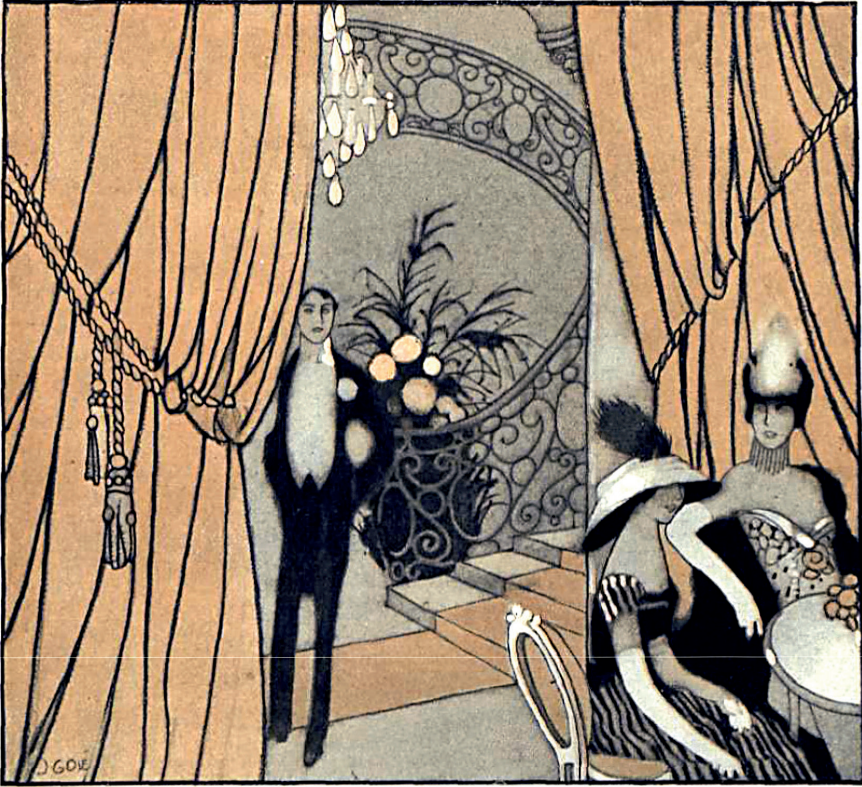
Sin embargo, el narrador da cierta opción para pensar que no se trata del personaje histórico, sino de una vieja enloquecida que se disfraza con los vestidos de la princesa existentes en el museo del palacio del Cardenal de Rohan, y que accidentalmente resulta también decapitada. En esa duda, en la vacilación entre una versión u otra, se encuentra el rasgo fantástico por excelencia, según Todorov³², uno de los mejores tratadistas del género.

Esbozadas, pues, las líneas generales de transmisión y recreación de ese tema fantástico, cuyos eslabones principales detectados son Washington Irving, Alejandro Dumas, Petrus Borel, Rubén Darío y Antonio de Hoyos y Vinent, aunque no se descarta que existan variaciones coetáneas y posteriores, sólo resta insistir una vez más en considerar, junto a la tendencia realista en la literatura, tan valorada y conocida, una veta de carácter fantástico que presta una perspectiva distinta e innovadora a nuestra literatura. Su estudio y conocimiento puede deparar agradables y curiosas sorpresas³³.

³¹ Antonio de Hoyos y Vinent, “Una noche bajo El Terror”, *Los cascabeles de Madama Locura*, Madrid, Hispania, s.a. [1927], p. 18. Sobre Hoyos y Vinent, cfr. Antonio Cruz Casado, “La novela erótica de Antonio de Hoyos y Vinent”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 426, 1985, pp. 101-116, y “Modernismo y parodia en la narrativa de Antonio de Hoyos y Vinent”, en *Actas del Congreso Internacional sobre el Modernismo español e hispanoamericano*, Córdoba, Diputación Provincial, 1987, pp. 399-407; Luis Antonio de Villena, “Antonio de Hoyos y Vinent en 1916”, *Máscaras y formas del fin de siglo*, Madrid, Ediciones del Dragón, 1988, pp. 113-122, entre otros.

³² Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, op. cit., p. 165: “le fantastique est fondé essentiellement sur une hésitation du lecteur [...] quant à la nature d’un événement étrange”.

³³ Leído en sesión pública del día 19 de mayo de 2016, en conmemoración del I Centenario de la muerte de Rubén Darío. Este texto se presentó también como comunicación en el Congreso Internacional sobre Rubén Darío y el Modernismo, celebrado en la Universidad de Granada, en 1988, con el título “La dama del collar de terciopelo: un tema fantástico en Rubén Darío y sus antecedentes”, cuyas actas creemos que no han visto la luz. Posteriormente lo publicamos, con algunas actualizaciones, como “La dama del collar de terciopelo: un tema fantástico en Rubén Darío”, *Album Letras Artes*, n° 19, Madrid, 1989, pp. 66-73. En la presente ocasión volvemos sobre la tarea, corregimos algunos datos y actualizamos diversas referencias.



... y mi asombro encantado ante aquella otra seductora y extraña mujer, que llevaba al cuello por todo adorno un estrecho galón rojo...

CUENTO DE PASCUAS

por RUBÉN DARÍO

Ilustraciones de J. GOSÉ



UNA noche deliciosa, en verdad... El « reveillon » en ese hotel lujoso y elegante, donde tanta belleza y fealdad cosmopolita se junta, en la competencia de las libras, los dólares, los rublos, los pesos y los francos. Y con la alegría del champagne y la visión de blancos rosados, de brillos, de gemas.

La música luego, discreta, á lo lejos...

No recuerdo bien quien fué el que me condujo á aquel grupo de damas, donde florecían la yanqui, la italiana, la argentina... Y mi asombro encantado ante aquella otra seductora y extraña mujer, que llevaba al cuello por todo adorno un estrecho galón rojo... Luego, un diplomático que lleva un nombre ilustre me presentó al joven alemán poliglota, fino, de un admirable don de palabra, que iba, de belleza en belleza, diciendo las cosas agradables y ligeras que placen á las mundanas.

— M. Wolfhart, me había dicho el minis-



Al llegar á la plaza de la Concordia noté que, no lejos de mí, caminaba una mujer,

tro. Un hombre amenísimo. Conversé largo rato con el alemán, que se empeñó en que hablásemos castellano, y por cierto, jamás he encontrado un extranjero de su nacionalidad que lo hablase tan bien. Me refirió algo de sus viajes por España y la América del Sur. Me habló de amigos comunes, y de sus aficiones ocultistas. En Buenos Aires había tratado á un gran poeta y á un mi antiguo compañero, en una oficina pública, el excelente amigo Patricio... En Madrid... Al poco rato teníamos las más cordiales relaciones. En la

atmósfera de elegancia del hotel, llamó mi atención la señora que apareció un poco tarde, y cuyo aspecto evocaba en mí algo de regio y de galante á la vez. Como yo hiciese notar á mi interlocutor mi admiración y mi entusiasmo, Wolfhart me dijo por lo bajo, sonriendo de cierto modo: — « ¡Fijese usted! ¡Una cabeza histórica! ¡Una cabeza histórica!» Me fijé bien. Aquella mujer tenía, por el perfil, por el peinado, un peinado, si no con la exageración de la época, muy semejante á las « coiffures á la Cléopatre », por el aire, por la manera, y



... tres estrellas brillan en la extremidad, pero la que está en la punta es la mayor y más resplandeciente.

sobre todo, después que me intrigara tanto *un galón rojo que llevaba por único adorno en el cuello*, tenía, digo, un parecido tan exacto con los retratos de la reina María Antonieta, que por largo rato permanecí contemplándola en silencio. En realidad, era una cabeza histórica. Y tan histórica por la vecindad... A dos pasos de allí, en la plaza de la Concordia... Sí, aquella cabeza que se peinara á « la circasiana », « á la Belle-Poule », « al casco inglés », « al gorro de candor », á « la queue en flambeau d'amour », « á la chien couchant », « á la Diane » á la tantas cosas más, aquella cabeza...

Se sentó la dama á un extremo del hall, y la única persona con quien hablara fué Wolfhart, y hablaron según me pareció, en alemán. Los vinos habían puesto en mi imaginación su movimiento de brumas de oro, y alrededor de la figura de encanto y de misterio, hice flotar un vuelo de suposicio-

nes exquisitas. La orquesta, con las oportunidades de la casualidad, tocaba una pavana. Cabelleras empolvadas, « moscas asesinas », trianones de realizados ensueños, galantería pomposa y libertinaje encintado de poesía, tantas imágenes adorables, tanta gracia sutil ó pimentada, de página de memoria, de anécdota, de correspondencia, de panfleto... Me venían al recuerdo versos de los más lindos escritos con tales temas, versos de Montesquiou, Fezensac, de Regnier, los preciosos poemas italianos de Lucini... Y con la fantasía dispuesta, los cuentos milagrosos, las materializaciones estudiadas por los sabios de los libros arcanos, las posibilidades de la ciencia, que no son sino las concesiones á un enigma cada día mas hondo, á pesar de todo... La fácil excitabilidad de mi cerebro estuvo pronto en acción. Y cuando, después de salir de mis cogitaciones, pregunté al

alemán el nombre de aquella dama, y él me embrolló la respuesta, repitiendo tan sólo lo de lo histórico de la cabeza, no quedé ciertamente satisfecho. No creí correcto insistir; pero como, siguiendo en la charla, yo felicítase á mi flamante amigo por haber en Alemania tan admirables ejemplares de hermosura, me dijo vagamente: — « No es de Alemania. Es de Austria. » Era una belleza « austriaca ... » Y yo buscaba la distinta semejanza de detalle con los retratos de Kucharsky, de Riotti, de Boizot, y hasta con las figuras de cera de los sótanos del museo Grevin...

II

— E. temprano aún me dijo Wolfhart, al dejarle en la puerta del hotel en que habitaba. Pase usted en momento, charlaremos algo más, antes de mi partida. Mañana me voy de París, y quien sabe cuándo nos volveremos á encontrar. Entre usted. Tomaremos, á la inglesa, un « whisky and-soda » y le mostraré algo interesante. Subimos á su cuarto por el ascensor. Un « valet » nos hizo llevar el bebedizo británico, y el alemán sacó un cartapacio lleno de viejos papeles. Había allí un retrato antiguo, grabado en madera.

— He aquí, me dijo, el retrato de un antecesor mío, Theobald Wolfhart, profesor de la universidad de Heidelberg. Este abuelo mío fué posiblemente un poco brujo, pero, de cierto, bastante sabio. Rehizo la obra de Julius Obsequens sobre los prodigios, impresa por Aldo Manucio, y publicó un libro famoso, el *Prodigiorum ac ostentorum Chronicon*, un folio editado en Basilea en 1557. Mi antepasado no lo publicó con su nombre, sino bajo el pseudónimo de Conrad Lycosthenes. Theobald Wolfhart era un filósofo sano de corazón, que, á mi entender, practicaba la magia blanca. Su tiempo fué terrible, lleno de crímenes y desastres. Aquel moralista empleó la revelación para combatir las crueldades y perfidias, y expuso á las gentes con ejemplos extraordinarios como se manifiestan las amenazas de lo invisible por medio de signos de espanto y de incomprensibles fenómenos. Un ejemplo será la aparición del cometa de 1557, que no duró sino un cuarto de hora, y que anunció sucesos terribles. Signos en el cielo, desgracias en la tierra. Mi abuelo habla de ese cometa que él vió en su infancia, y que era enorme, de un color sangriento, que en su extremidad se tornaba del color del azafrán. Vea Vd. esta estampa que lo representa, y su explicación por Lycosthenes. Vea Vd. los pro-

digios que vieron sus ojos. Arriba hay un brazo armado de una colosal espada amenazante, tres estrellas brillan en la extremidad, pero la que está en la punta, es la mayor y más resplandeciente. A los lados hay espadas y puñales, todo entre un círculo de nubes; y entre esas armas, hay unas cuantas cabezas de hombres. Más tarde escribirá sobre tales fantásticas maravillas Simon Goulard, refiriéndose al cometa: « Le regard d'icelle donna telle frateur à plusieurs qu'aucuns en moururent; autres tombèrent malades. » Y Petrus Creusserus, discípulo de Lichtenberg — el astrólogo, — dice un autor, que, habiendo sometido el fenómeno terrible á las reglas de su arte, sacó las consecuencias naturales, y tales fueron los pronósticos, que los espíritus más juiciosos padecieron perturbación durante más de medio siglo. Si Lycosthenes señala los desastres de Hungría y de Roma, Simon Goulard habla de las terribles asolaciones de los turcos en tierra húngara, el hambre en Suabia, Lombardía y Venecia, la guerra en Suiza, el sitio de Viena de Austria, sequía en Inglaterra, desborde del océano en Holanda y en Zelanda y un terremoto que duró ocho días en Portugal. Lycosthenes sabía muchas cosas maravillosas. Los peregrinos que retornaban de Oriente, contaban visiones celestes. ¿ No se vió en 1480 un cometa, en Arabia, de apariencia amenazante y con los atributos del Tiempo y de la Muerte? A los fatales presagios sucedieron las devastaciones de Corintia, la guerra en Polonia. Se aliaron Ladislao y Matías el Huniada. Vea usted este rasgo de un comentador: « Las nubes tienen sus flotas como el aire sus ejércitos »; pero Lycosthenes, que vivía en el centro de Alemania, no se asienta sobre tal hecho. Dice que en el año 114 de nuestra era, simulacros de navíos se vieron entre las nubes. San Agobardo, obispo de Lyon, está más informado. El sabe á maravilla á qué región fantástica se dirigen esas ligeras naves. Van al país de Magonia, y sólo por reserva el santo prelado no dice su itinerario. Esos barcos iban dirigidos por los hechiceros llamados *tempestarii*. Mucho más podría referirle; pero vamos á lo principal. Mi antecesor llegó á descubrir que el cielo y toda la atmósfera que nos envuelve, están siempre llenos de esas visiones misteriosas; y con ayuda de un su amigo alquimista, llegó á fabricar un elixir que permite percibir de ordinario lo que únicamente por excepción se presenta á la mirada de los hombres. Yo he encontrado ese secreto, concluyó Wolfhart, y aquí, agregó sonriendo, tiene usted el milagro en estas pastillas com-



... vi que quien gritaba era uno de los árboles coposos, lleno de cabezas por frutos.

primidas. ¿ Un poquito más de whisky ?

No había duda de que el alemán era hombre de buen humor, y aficionado no solamente al alcohol inglés, sino á todos los paraísos artificiales. Así, me pareció ver en la caja de pastillas que me mostraba, algún compuesto de opio ó de cáñamo indiano.

— Gracias, le dije; no he probado nunca, ni quiero probar, el influjo de la « droga sagrada ». Ni haschís, ni el veneno de Quincey...

— Ni una cosa, ni otra, Es algo vigorizante, admirable hasta para los menos nerviosos.

Ante la insistencia, y con el último sorbo de whisky, tomé la pastilla, y me despedí. Ya en la calle, aunque hacía frío, noté que circulaba por mis venas un calor agradable. Y olvidando la pastilla, pensé en el efecto

de las repetidas libaciones. Al llegar á la plaza de la Concordia, por el lado de los Campos Elíseos, noté que no lejos de mí caminaba una mujer. Me acerqué un tanto á ella y me asombró el verla á aquellas horas, á pié y soberbiamente trajeada; sobre todo, cuando á la luz de un reverbero vi su gran hermosura, y reconocí en ella á la dama cuyo aspecto me intrigase en el « reveillon »: la que tenía por todo adorno en el cuello blanquísimo, un fino galón rojo, rojo como una herida. Oí á un lejano reloj dar unas horas. Oí la trompa de un automóvil. Me sentía como poseído de extraña embriaguez. Y apartando de mí toda idea de suceso sobrenatural, avancé hacia la dama que había pasado ya el obelisco, y se dirigía del lado de las Tullerías.

— « Madame, le dije, madame... » Había comenzado á caer como una vaga bru-

ma, llena de humedad y de frío, y el fulgor de las luces de la plaza aparecía como diluido y fantasmal. La dama me miró al llegar á un punto de la plaza que, de pronto, me apareció como el escenario de un cinematógrafo. Había como apariencias de muchas gentes, en un ambiente como el de los sueños, y yo no sabía decir la manera con que me sentí, como en una existencia á un propio tiempo real y cerebral... Alcé los ojos y ví en el fondo opaco del cielo, las mismas figuras que en la estampa del libro de Lycosthenes, el brazo enorme, la espada enorme, rodeados de cabezas. La dama, que me había mirado, tenía un aspecto tristemente fatídico, y cual por la obra de un ensalmo, había cambiado de vestiduras; y estaba con una especie de fichú cuyas largas puntas le caían por delante, y en su cabeza no había ya el peinado á « la Cléopatre, » sino una pobre cofia bajo cuyos bordes se veían cabellos emblanquecidos. Y luego, cuando iba á acercarme más, percibí á un lado como una carreta, y unas desdibujadas figuras de hombres con tricornos y espadas, y otras con picas. A otro lado un hombre á caballo; y luego una especie de tablado... ¡ Oh Dios, naturalmente, naturalmente: he aquí la reproducción de lo « ya visto... » ¿ en mí hay reflexión aún en este instante? Sí, pero siento que lo invisible, entonces visible, me rodea. Sí, es la guillotina. Y, tal en las pesadillas, con mucho, mucho de palpable en realidad, como si sucediese, veo desarrollarse — ¿ he hablado ya de cinematógrafo? — la tragedia... Aunque, por no sé cual motivo, no pude darme cuenta de más detalles, ví que la dama me miró de nuevo, y bajo el fulgor color de azafrán que brotaba de la visión celeste y profética, brazo, espada, nubes y cabezas, ví cómo caía, bajo el hacha mecánica, la cabeza de aquella que poco antes, en el salón del hotel, me admirara con su encanto galante y real, con su aire soberbio, con su cuello muy blanco, adornado con un único galón color de sangre.

III

¿ Cuánto tiempo duró aquel misterioso espectáculo? No lo sabía decir, puesto que ello fué bajo el imperio desconocido en que la ciencia aun anda á tientas; el tiempo en el ensueño no existe, y mil años, según observaciones experimentales, pueden pasar en un segundo. Todo aquello había desaparecido, y, dándome cuenta del lugar en donde me encontraba, avancé, siempre hacia el lado de las Tullerías. Avancé y me ví entre el jardín, y no dejé de pensar rapidísima-

mente cómo era que las puertas estaban aún abiertas. Siempre bajo la bruma pálida de aquellas nocturnas horas, seguí adelante. Saldré, me dije, por la primera puerta del lado de la calle Rivoli, que quizás esté también abierta... ¿ cómo no ha de estar abierta?... ¿ Pero era ó no era aquel jardín el de las Tullerías?... Árboles, árboles de oscuros ramajes en medio del invierno... Tropecé al dar un paso con algo semejante á una piedra, y me llené, en medio de micasi inconsciencia, de una sorpresa pavorosa, cuando escuché un ¡ ay! semejante á una queja, parecido á una palabra entrecortada y ahogada; una voz que salía de aquello que mi pié había herido, y que era, no una piedra, sino una cabeza. Y alzando hacia el cielo la mirada ví la faz de la luna en el lugar en que antes la espada formidable, y allí estaban las cabezas de la estampa de Lycosthenes. Y aquel jardín, que se extendía vasto cual una selva, me llenó del encanto grave que había en su recinto de prodigio. Y á través de velos de ahumado oro refulgía tristemente en lo alto la cabeza de la luna. Después me sentí como en una certeza de poema y de libro santo, y como por un motivo incoherente resonaban en la caja de mi cerebro las palabras: « ¡ Última hora! ¡ Trípoli! ¡ La toma de Pekin! » leídas en los diarios del día. Conforme con mis anhelos de lo divino, experimentando una inexpresable angustia, pensé: « ¡ Oh Dios! ¡ Oh Señor! ¡ Padre nuestro...! »

Volví la vista y ví á un lado, en una claridad dulce y dorada, una forma de lira, y sobre la lira una cabeza igual á la del Orfeo de Gustave Moreau, del Luxembourg. La faz expresaba pesadumbre; y alrededor había como un movimiento de seres, de los que se llaman animados, porque sus almas se manifiestan por el movimiento, y de los que se llaman inanimados porque su movimiento es íntimo y latente. Y oí que decía, según me ayuda mi recuerdo, aquella cabeza: « ¡ Vendrá, vendrá el día de la concordia, y la lira será entonces consagrada en la pacificación! » Y cerca de la cabeza de Orfeo ví una rosa milagrosa, y una yerba marina, y que iba avanzando hacia ellas una tortuga de oro.

Pero oí un gran grito, al otro lado. Y el grito era como de un coro de muchas voces. Y á la luz que os he dicho, ví que quien gritaba era un árbol, uno de los árboles coposos, lleno de cabezas por frutos; y pensé que era el árbol de que habla el libro sagrado de los musulmanes. Oí palabras en loor de la grandeza y omnipotencia de Alah. Y bajo el árbol había sangre.

Haciendo un esfuerzo, quise ya no avanzar, sino retroceder á la salida del jardín; y vi que por todas partes salían murmullos, voces, palabras de innumerables cabezas que se destacaban en la sombra como aureoladas, ó que surgían entre los troncos de los árboles. Como acontece en los instantes dolorosos de algunas pesadillas, pensé que todo lo que me pasaba era un sueño, para disminuir un tanto mi pavor. Y en tanto pude reconocer una temerosa y abominable cabeza asida por la mano blanca de un héroe, asida de su movible é infernal toisón de serpientes: la tantas veces maldecida cabeza de Medusa. Y de un brazo, de un brazo como de carne de oro de mujer, pendía otra cabeza, una cabeza con barba ensortijada y oscura, y era la cabeza del guerrero Holofernes. Y la cabeza de Juan el Bautista; y luego, como viva de una vida singular, la cabeza del Apóstol que en Roma hiciera brotar el agua de la tierra; y otra cabeza que Rodrigo Díaz de Vivar arrojó en la cena de la venganza, sobre la mesa de su padre.

Y otras que eran la del rey Carlos de Inglaterra, y la de la reina María Estuardo... Y las cabezas aumentaban, en grupos, en amontonamientos macabros, y por el espacio pasaban relentes de sangre y de sepulcro; y eran las cabezas hirsutas de los dos mil halconeros de Bayaceto; y las de las odaliscas degolladas en los palacios de los reyes y potentados asiáticos; y las de los innumerables decapitados por su fé, por el odio, por la ley de los hombres; las de los

decapitados de las hordas bárbaras, de las prisiones y de las torres reales; las de los Gengiskanes, Abdulhamides y Behanzines...

Dije para mí: ¡Oh mal triunfante! ¿Siempre seguirás sobre la faz de la tierra? ¿Y tú, París, cabeza del mundo, serás también cortada con hacha, arrancada de tu cuerpo inmenso?

Cual si hubiesen sido escuchadas mis interiores palabras, de un grupo en que se veía la cabeza de Luis XVI, la cabeza de la princesa de Lamballe, cabezas de nobles y cabezas de revolucionarios, cabezas de santos y cabezas de asesinos, avanzó una figura episcopal que llevaba en sus manos su cabeza, y la cabeza del mártir Dionisio, el de las Galias, exclamó: — ¡En verdad, digo, que Cristo ha de resucitar!

Y al lado del apostólico decapitado ví á la dama del hall del hotel, á la dama austriaca, con el cuello desnudo, pero en el cual se veía como un galón rojo, una herida purpúrea; y María Antonieta, dijo: — ¡Cristo ha de resucitar! Y la cabeza de Orfeo, la cabeza de Medusa, la cabeza de Holofernes, la cabeza de Juan y la de Pablo, el árbol de cabezas, el bosque de cabezas, la muchedumbre fabulosa de cabezas, en un hondo grito clamó: — « ¡Cristo ha de resucitar! ¡Cristo ha de resucitar...! »

— Nunca dormir inmediatamente después de comer, concluyó mi buen amigo el doctor.

